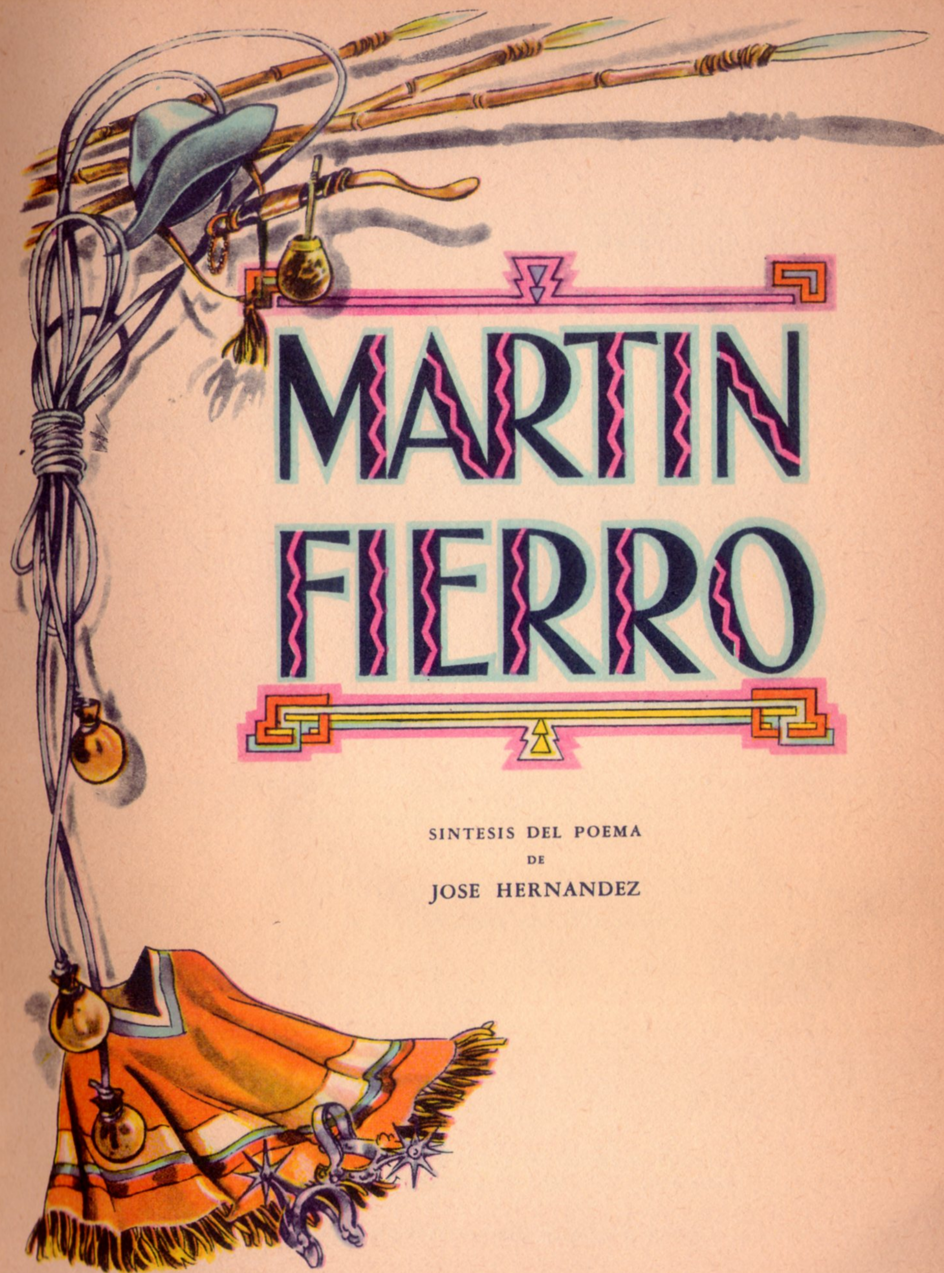
EDITORIAL
BETINA





MARTIN FIERRO



SINTESIS DEL POEMA

DE

JOSE HERNANDEZ

Síntesis de Susana Calandrelli

Prólogo del Prof. Luis Ramón Macías

Ilustraciones de Athos Cozzi

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina. Printed in Argentina

Reproducción Prohibida — Industria Argentina

INTRODUCCION

El poema de JOSE HERNANDEZ llega recién con este libro al niño, perfectamente desmenuzado, a fin de hacerlo asequible a la mentalidad infantil.

Hasta ahora, MARTIN FIERRO, era para él tan sólo un exponente criollo de bravura y coraje

Desde hoy, estas páginas, escritas con sentido de profundidad netamente pedagógico, se lo presentan —con sus enseñanzas moralistas—, como el símbolo del nacimiento de la tradición argentina. El niño, a la luz de hermosísimas ilustraciones, adecuadas a la simpleza de su pueril sensibilidad, se introducirá en el alma de nuestra nacionalidad y se sentirá feliz gozando de sus intimidades a través de las penurias de los protagonistas del poema.

Él ha de comprender que los hombres y los pueblos, así como las cosas, pasan por un proceso de elaboración, con altibajos de suavidad y rudeza, antes de llegar a ser lo que son.

Él ha de comprender, con esta explicación tan sencilla como clara, que la felicidad de la vida se cosecha arando por los caminos de la Patria, con los ojos fijos en Dios y el alma recostada en el cariño de los seres queridos.

¡Amor de Dios, de Patria, de hogar! ¡Sol y agua para el cultivo de los sentimientos; luna y estrellas para orientar el camino en las noches de las angustias!

Amiguito: Aquí tienes agua fresca para saciar la sed de cosas lindas , de amor, de fe, de Patria, de tradición! .

Bebe lentamente, pensando soñando que mientras leas, los solemnes compases del Himno Nacional solemnizarán el nacimiento de la fragante florcita de tradición que comienza a abrir sus pétalos en el fondo de tu alma.

PROF LUIS RAMÓN MACÍAS



MARTÍN FIERRO Y SU GUITARRA

Martín Fierro era el nombre de un gaucho de nuestras pampas, protagonista de un famoso poema de José Hernández.

Aquí lo ven ustedes cantando en la guitarra, que los gauchos solían llamar "vigüela" (vihuela).

Cuenta la historia de su vida vagabunda y perseguida por la mala suerte, y sus compañeros lo escuchan. Entre otras cosas dice:

Aquí me pongo a cantar
al compás de la vihuela,
que al hombre que lo desvela
una pena extraordinaria,
como el ave solitaria
con el cantar se consuela.

Pide luego a los santos del cielo que "ayuden su pensamiento y le refresquen la memoria" para narrar su historia, y solicita también la asistencia de Dios.

Sabe que no es un "cantor letrado", es decir, que no tiene la cultura suficiente para serlo: pero es un verdadero poeta, que ha envejecido cantando, y según él mismo lo confiesa, las coplas le van brotando "como agua de manantial".

Con la guitarra en la mano
ni las moscas se me arriman;
nadie me pone el pie encima:
y cuando el pecho se entona,
hago gemir a la prima (1)
y llorar a la bordona. (2)

(1) *y* (2) *Cuerdas de la guitarra.*



LA ARRIADA

En su pintoresco lenguaje gauchesco, que nosotros traducimos a veces a un español más puro para su mejor comprensión, Martín Fierro narra cómo en un tiempo había tenido mujer, hijos y hacienda, y cómo, después de una desgraciada aventura, a su regreso, encontró su rancho vacío.

Cuenta cómo un día, en la pulpería, después de haber bebido unas copas, ocurrió el principio de sus desdichas:

Cantando estaba una vez
en una gran diversión,
y aprovechó la ocasión
como quiso el juez de paz:
se presentó, y ahí nomás
hizo una "arriada" en montón.

La mayoría de los que allí estaban trataron de huir, y algunos lo lograron. Pero Martín Fierro se quedó, tranquilo, sin defenderse, pensando que sólo los culpables se escapan.

Una "arriada", en términos gauchos, significaba que los llevaban a la comisaría, detenidos. Por qué, lo sabrían más tarde. Hasta un gringo con un organito y una monita bailarina fué arrastrado junto con ellos . . .

Formaron un contingente
con los que del baile arriaron:
con otros nos mesturaron (¹)
que habian agarrao (²) también:
las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.

(¹) *Mesturar: mezclar.*
(²) *Agarrado.*



PELEANDO CONTRA EL MALÓN

Cuenta luego cómo los llevaron a todos en conjunto para luchar contra los indios, que en aquellos tiempos asolaban las pampas y mataban a los hombres blancos. Aquellos salvajes obligaban a ir con ellos a las mujeres y a los niños, y si se resistían, los ultimaban.

Esos "malones", así los llamaban, tenían muy inquieto al gobierno. Martín Fierro y sus amigos luchan contra los indios, en rudo combate.

Si me atribulo o me encojo
seguro que no me escapo.
Siempre he sido medio guapo,
pero en aquella ocasión
me hacía bulla el corazón
como garganta de sapo.

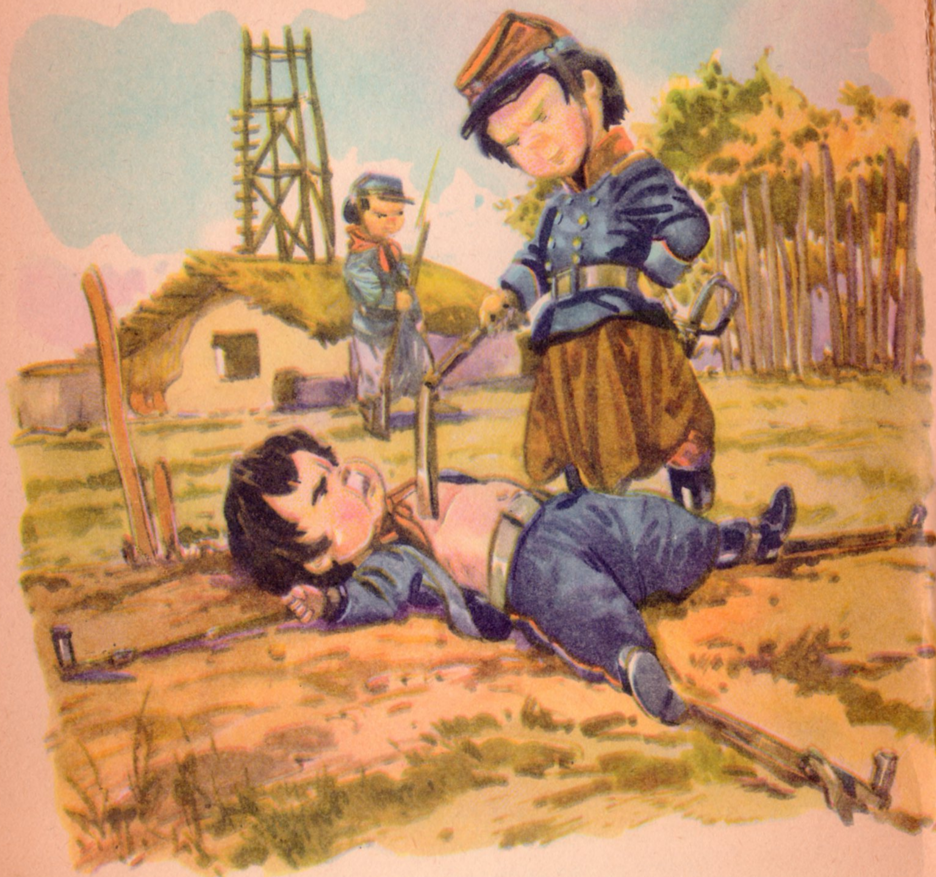
Cuenta algunos incidentes de la batalla, entre ellos cómo los indios entraban a pelear dando gritos y golpeándose en la boca, para asustar a los hombres blancos.

Después de un feroz encuentro con el hijo de un cacique, que lo pone en una situación difícil, Fierro logra vencerlo haciéndolo caer del caballo que montaba.

Allí quedó de mojón
y en su caballo salté;
de la indiada disparé
pues si me alcanza, me mata;
y al fin me les escapé
con el hilo en una pata. (1)

---

(1). *Alusión a las aves caseras, que cuando las atan se escapan cortando el hilo con el pico.*



LA "ESTAQUEADA" DE MARTÍN FIERRO

Después de vivir un tiempo en el fortín militar, en donde no le pagan lo convenido y se ve obligado a perder poco a poco sus prendas para poder subsistir, resuelve escaparse.

Una vez los oficiales lo hicieron "estaquear", castigo terrible que consistía en tironear las manos y los pies atándolos a bayonetas clavadas en el suelo.

Ya andaba "desesperao"
aguardando una ocasión
que los indios un malón
nos dieran, y entre el estrago
hacérmeles cimarrón
y volverme "pa" mi pago.

"Hacérmeles cimarrón" quiere decir "desertar". Y no era para menos. En esos tiempos se cometían muchas injusticias con los pobres gauchos desamparados, como esa de apoderarse de ellos, quitándoles la libertad, y obligándolos a luchar contra los indios.

Tantas penurias acabaron con la paciencia del pobre Martín Fierro, quien cantó así su situación:

"Ansina", (1) pues, conociendo
que aquel mal no tiene cura,
que tal vez mi sepultura
si me quedo iba a encontrar,
pensé en mandarme mudar
como cosa más segura.

(1) *"Ansina": así.*



HUÍDA DE MARTÍN FIERRO

Logra escapar al fin. Ha pasado en el fortín tres largos años. Allí había criollos y extranjeros.

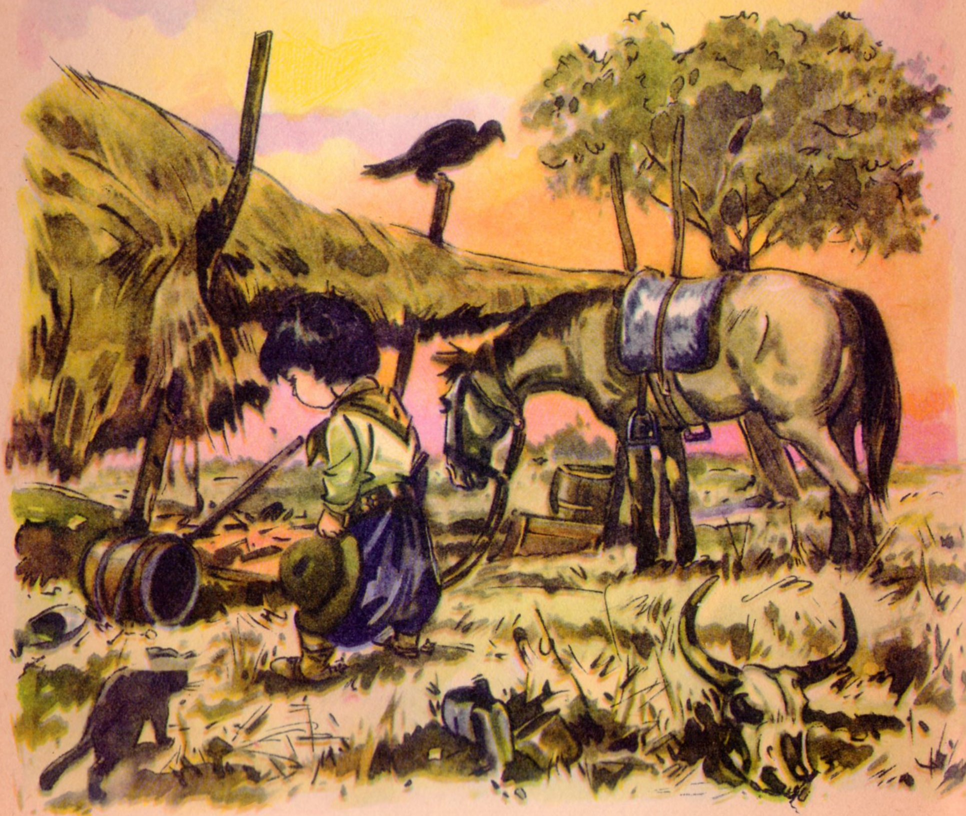
Martín Fierro, como buen criollo, valiente y sufrido, acostumbrado a las tareas del campo, siente el más profundo desprecio por los que no son diestros en las faenas que para él son cosa fácil. Hablando de ellos dice:

No hacen más que dar trabajo,
pues no saben ni ensillar,
no sirven para carnear,
y yo he visto muchas veces
que ni volteando las reses
se les querían arrimar

Critica acerbamente a los "gringos", como los llama, es decir, a los extranjeros, lamentando que el Gobierno los haya mandado a la frontera a luchar junto con ellos.

Él, como todos los gauchos, es fuerte y sabe soportar sin quejarse el calor, el frío, los trabajos, las enfermedades. De los que no son como él, dice con el mayor desprecio:

Y lo pasan sus mercedes
lengüetiando pico a pico,
hasta que viene un milico
a servirles el asado:
eso sí, en lo delicados
parecen hijos de rico.



LA VUELTA AL RANCHO

Aquí ven ustedes al infeliz Martín Fierro cuando vuelve a su hogar y halla el rancho abandonado y en ruinas.

No sabe si su mujer y sus hijos viven aún o han muerto. Ignora si los indios los han raptado, si han debido huir para no perecer de hambre, si a él lo esperan todavía o si creen que ya no es de este mundo. Y el pobre gaucho siente que el corazón se le desgarra.

¡Quién no sentirá lo mismo
cuando así padece tanto!
Puedo asegurar que el llanto
como una mujer largué,
¡ay, mi Dios, si me quedé
más triste que Jueves Santo!

Y no es para menos. Pónganse ustedes en su lugar. El desdichado no hallaba, después de tanto tiempo, a ninguno de los seres queridos, y, según sus palabras, sólo se oían los aullidos de un gato que se salvó y estaba escondido allí cerca, en una vizcachera.

"Venía como si supiera que estaba de vuelta yo", añade. Se enteró después por un vecino de que se había vendido la hacienda, y de que los hijos trabajaban como peones. Pero nadie sabía en dónde estaban.

¡Tal vez no te vuelva a ver,
prenda de mi corazón!
Dios te dé su protección
ya que no me la dió a mí,
y a mis hijos, desde aquí,
les echo mi bendición.



LA LEY DE LAS PAMPAS

En esos tiempos semi salvajes, los gauchos debían defenderse de sus enemigos matándolos. Ésa era la ley de las pampas. La policía castigaba el crimen, pero siempre había provocadores y los paisanos se trababan en duelo criollo, defendiéndose con el poncho arrollado al brazo y atacando con el facón o cuchillo. Esos duelos eran a muerte.

Una vez Fierro se vió obligado a matar a un negro en una pulpería, otra, a un paisano matón. Habla así del gaucho que cae en desgracia:

Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones,
en su boca no hay razones,
aunque la razón le sobre . . .
que son campanas de palo
las razones de los pobres.

La policía lo anda buscando por el doble asesinato. Él, siempre huyendo, "pobre y perseguido como si fuera maldito", nc puede esperar justicia de las autoridades.

Había tenido que defenderse para no morir. Según sus palabras, "el gaucho en esta tierra sólo sirve para votar". Triste suerte, pues, la del pobre Fierro, quien se expresa así:

Si uno aguanta, es gaucho bruto:
si no aguanta, es gaucho malo.
¡Déle azote, déle palo,
porque es lo que él necesita!
De todo el que nació gaucho
esa es la suerte maldita.



LA "PARTIDA"

Cruz y Martín Fierro hacen frente a la partida. La lucha es ardua: dos contra tantos .

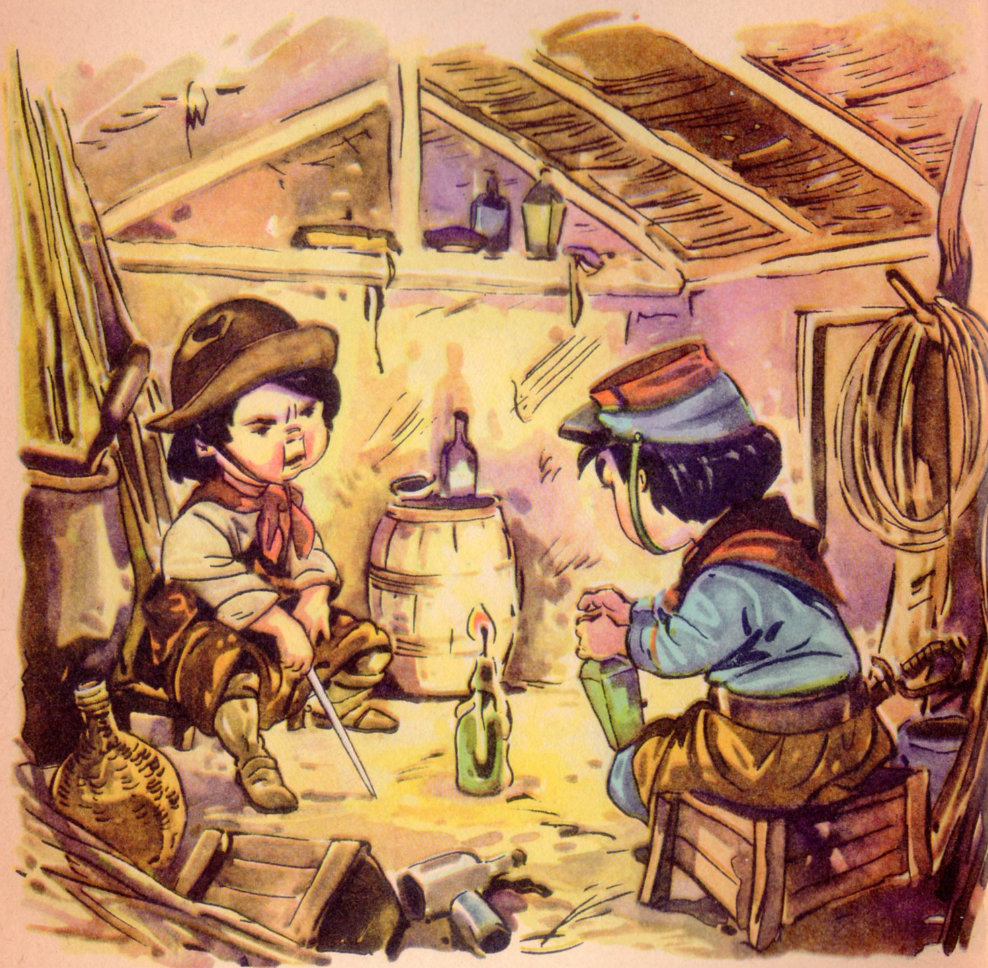
Cruz se había "apareado" a Fierro, es decir, luchaba junto a él, en pareja; era "como lobo que defiende su guarida"; y tanto y tan bien pelearon ambos que varios de sus enemigos, comprendiendo que si seguían allí perderían la vida, huyeron, mientras otros quedaban tendidos en el campo.

Yo junté las osamentas
me hinqué y les recé un Bendito,
hice una cruz de un palito
y pedí a mi Dios clemente
me perdonara el delito
de haber muerto tanta gente.

Fierro queda solo junto a Cruz, triste después de la pelea a causa de la sangre vertida, y, para recobrar fuerzas, beben uno después del otro del mismo porrón de ginebra.

Se hallan desorientados, pero saben que deben escapar pronto otra vez, lo más lejos posible, porque la policía no tardará en apoderarse de ellos y el castigo será esta vez tremendo. Entonces Fierro le dice a Cruz:

"Yo me voy", le dije, "amigo
donde la suerte me lleve,
y si es que alguno se atreve
a ponerse en mi camino,
yo seguiré mi destino,
que el hombre hace lo que debe".



AMIGOS

Se han refugiado en un rancho, en donde se cuentan mutuamente su historia. También Cruz había tenido su "china", y había sido perseguido por la desgracia. "Amigazo, pa sufrir han nacido los varones", le dice.

Habla de lo feliz que era con su "prenda", palabra gaucha que designa a la mujer querida. De ella se expresa así:

Era el águila que a un árbol
desde las nubes bajó:
era más linda que el alba
cuando va rayando el sol.
Era la flor deliciosa
que en el trebolar creció . . .

Pero ella no había sabido comprender ni valorar su cariño. Cruz continúa contando sus penas, y las mutuas confidencias unen más a los dos amigos.

Después de algunas desdichadas aventuras, Cruz había entrado en la "partida", de la que acababa de separarse por ayudar a Fierro. Sintiéndose miserables y desamparados, ambos deciden no separarse más. Cruz añade:

Ya conoce, pues, quien soy.
Tenga confianza conmigo,
Cruz le dió mano de amigo
y no lo ha de abandonar.
Juntos podemos buscar
"pa" los dos un mismo abrigo.

Sin saber adónde ir, los dos gauchos deliberan un tiempo, hasta que deciden librarse de las injusticias de sus compatriotas refugiándose en las tolderías de los indios.

Saben que, de lo contrario, en un plazo de tiempo más o menos breve, caerán en manos de la "partida". Acaso tengan más suerte con la indiada . . .

Y se van por la pampa en dirección al sudoeste.

Lo tienen al pobre gaucho
como carne de cogote:
lo tratan al estricote,
y si así las cosas andan
¿por qué quieren los que mandan
que aguantemos los azotes?

Era una resolución desesperada. Sabían que los indios eran crueles y enemigos feroces de los blancos. ¿No les quitaban éstos acaso sus tierras, no iban desterrándolos poco a poco del país? Lo hacían para civilizarlos, pero los salvajes no entendían sus motivos.

Fierro y Cruz corrían un gravísimo peligro yendo al encuentro de los indios: pero preferían cualquier cosa a caer en manos de la "partida"

Ya veo que somos los dos
astillas del mismo palo;
yo paso por gaucho malo
y "usté" anda del mismo modo,
y yo, "pa" acabarlo todo,
a los indios me "resbalo". (¹)

(¹) *Irse con los indios.*



HACIA LAS TOLDERÍAS

Después de mucho galopar, llegan a las tolderías.

Esperan un poco, por prudencia, antes de acercarse. Saben lo poco que les cuesta a los indios matar porque sí.

Al fin son vistos por ellos, y lo primero que hacen los indígenas es amenazarlos con sus lanzas. Los toman seguramente por dos enemigos extraviados en las pampas.

Se armó un tremendo alboroto
cuando nos vieron llegar;
no podíamos aplacar
tan peligroso hervidero:
nos tomaron por bomberos (1)
y nos quisieron lancear.

Los indios les quitaron los caballos, sin decidirse todavía a matarlos, pero siempre amenazándolos. Cruz se dispuso a defender su vida, y así se lo dijo a Fierro: pero éste le pidió que esperara aún, que tuviera paciencia.

"Se debe ser más prudente cuando el peligro es mayor", observó. Bien hicieron tranquilizándose, porque pronto llegó el intérprete llevándoles el perdón del cacique.

Les ha dicho a los demás
que ustedes queden cautivos,
por si caen algunos vivos
en poder de los cristianos,
rescatar a sus hermanos
con estos dos fugitivos.

---

(1) *Bomberos: en la jerga antigua criolla, espías.*



LA LLEGADA

Martín Fierro cuenta cómo son los indios, su salvajismo, la fiereza de sus costumbres. Habla de sus supersticiones, de su despotismo con las mujeres, de su crueldad con los enemigos.

Él y Cruz se han salvado por milagro de la muerte. Después de amenazarlos y de hacerles mil preguntas, los aceptan en su comunidad. Pero el indio es traicionero, y de él pueden esperar siempre lo peor.

Allí sí se ven desgracias
y lágrimas y aflicciones,
nadie le pide perdones
al indio, pues donde entra
roba y mata cuanto encuentra
y quema las poblaciones.

Desconfiando de los dos amigos, los indios los separan y les ponen vigilancia. No pueden hablar Cruz y Fierro, y sólo a los dos años el cacique los deja vivir juntos.

Se retiran entonces ambos a la orilla de un pajal, y allí levantan una carpa con dos cueros. Su situación ha mejorado algo, puesto que por lo menos ahora pueden consolarse mutuamente y conversar.

Fuimos a esconder allí
nuestra pobre situación,
aliviando con la unión
aquel duro cautiverio,
tristes como un cementerio
al toque de la oración.



DONDE PASÓ EL INDIO

Así y todo, vivieron algunos años entre los indios.

Martín Fierro narra lo que fué su vida y la de Cruz entre aquellos salvajes. Una de las cosas que más le chocan es su brutalidad con las mujeres.

Fierro, como buen gaucho, es caballero y sabe darle el valor que tiene a la compañera del hombre. Recuerda quizás a su mujer, la madre de sus hijos, a quien tanto echa de menos . . .

Todo el que entienda la vida
busca a su "lao" los placeres.
Justo es que las considere
el hombre de corazón;
sólo los cobardes son
valientes con las mujeres.

Dice cómo la mujer está siempre pronta para servir al desdichado, con bondad y caridad, y alaba a Dios, no por haberlas hecho bellas, sino por haberles dado corazones de madre.

Las considera diligentes y sufridas en los trabajos. Mientras los varones holgazanean, ellas se dedican a las más duras labores. Sólo un indio bueno conocieron: el cacique que les salvó la vida.

Mostró noble corazón:
cristiano anhelaba ser;
la justicia es un deber
y sus méritos no callo:
nos regaló unos caballos
y a veces nos vino a ver.



VIDA CON LOS INDIOS

Una tremenda peste, la viruela, para desgracia de los dos amigos, diezma la población de las tolderías.

Los indios la conjuran mediante brujerías, seguros de que el Gualicho (el demonio) es la causa del mal. Si los enfermos no se dejan curar mediante sortilegios, los lancean. No tienen piedad ni siquiera de los miembros de su propia familia.

Nosotros nos alejamos
para no ver tanto estrago;
Cruz se sentía con amagos
de la peste que reinaba,
y la idea nos acosaba
de volver a nuestros pagos.

Cruz cae víctima de la enfermedad, y Martín Fierro, junto a él, se lamenta amargamente. "¡No saber una oración para ayudarlo a bien morir!"

Cruz le recomienda a su hijito, que había dejado en su pago. "Aquel pobrecito ha quedado abandonado", le dice. Desea que el niño se entere del fin de su padre, y que rece por su alma. Fierro cuenta:

Lo apretaba contra el pecho.
"dominao" por el dolor;
era su pena mayor
el morir allá entre infieles;
sufriendo dolores crueles,
entregó su alma al Criador.



MUERTE DE CRUZ

Martín Fierro queda tristísimo. Su hermano, porque Cruz había sido un verdadero hermano para él, se ha ido para siempre... En ese instante nace en él la resolución de volver a la tierra de los blancos.

Le ha hecho a Cruz la promesa solemne de velar por el hijito, y esa promesa es sagrada. Han pasado tres años, puede caer todavía en manos de la partida... Pero tiene que volver.

Y yo, con mis propias manos,
yo mismo lo sepulté.
A Dios por su alma rogué
de dolor el pecho lleno,
y humedeció aquel terreno
el llanto que derramé.

Por fortuna Fierro se ha librado de la viruela, y la peste va mermando en las tolderías. Esperando el momento propicio para huir, Martín Fierro andaba vagando por entre los toldos, y según propia confesión, todo lo fastidiaba, y a cada momento le parecía que Cruz lo llamaba.

No encontraba otro consuelo que arrojarse junto a la sepultura de su amigo, y llorar sus desventuras.

Allí pasaba las horas
sin haber nadie conmigo
teniendo a Dios por testigo
y mis pensamientos fijos
en mi mujer y mis hijos,
en mi pago y en mi amigo.



SOBRE LA TUMBA DEL AMIGO

Así pasa los días el gaucho solitario.

Continúa vagando por el lugar, sin rumbo, sumido en sus tristísimos pensamientos.

Un día descubre a una cautiva que un indio azota con un látigo. La muchacha llora, pero el salvaje parece decidido a acabar con ella. Desconoce la compasión.

Toda cubierta de sangre
aquella infeliz cautiva
tenía desde abajo arriba
la marca de los lazazos:
sus trapos hechos pedazos
mostraban la carne viva.

La muchacha, al ver a Fierro, comprende que llega un salvador. Alza los ojos al cielo, bañados en lágrimas. Tiene las manos atadas. Luego fija la vista en el buen gaucho, como pidiendo amparo.

Fierro, siempre caballero, no duda un instante. Aunque no la ha visto antes en las tolderías, imagina los malos tratos que ha pasado y sospecha una triste historia.

Yo no sé lo que pasó
en mi pecho en ese instante.
Estaba el indio arrogante
con una cara feroz;
para entendernos los dos
la mirada fué bastante.



MARTÍN FIERRO DEFIENDE A UNA CAUTIVA

Se traban en pelea Martín Fierro y el indio malo.

Después de algunas alternativas, Fierro sale vencedor y el indio pierde la vida.

La cautiva ha ayudado al gaucho en la lucha, liberándolo con sobrehumano esfuerzo del peso del indio, que amenazaba ahogarlo. Martín da muerte al perverso indígena, mientras la joven reza por el triunfo de su salvador.

Me hinqué también a su lado
a dar gracias a mi Santo;
en su dolor y quebranto
ella, a la Madre de Dios,
le pide en su triste llanto
que nos ampare a los dos.

Es necesario huir en seguida, porque si los indios llegan a descubrir el cadáver del indio, vengarán en seguida su muerte, aunque haya sido vencido en lucha leal.

Pero ¿adónde ir? Hay que cruzar el desierto pampeano, tarea difícil para un hombre, tanto más acompañado por una mujer. Fierro piensa que esa es la ocasión que ha pedido tanto a la Providencia.

A la afligida cautiva
mi caballo le ofrecí;
era un pingo que adquirí.
Y dondequiera que estaba,
en cuanto yo lo silbaba
venía a refregarse en mí.



EL DUELO

Fierro monta el caballo del indio. Les resulta un problema serio escapar sin ser descubiertos, porque en la pampa las siluetas se ven desde largas distancias. Deciden descansar durante el día y cabalgar amparados por la sombra.

Por fortuna, cuando se alejan de las tolderías, ninguna mirada indiscreta los sigue.

Penurias de toda clase
y miserias padecimos;
varias veces no comimos,
o comimos carne cruda,
y en otras, no tengan duda,
con raíces nos mantuvimos.

Llegan a la tierra "en donde crece el ombú", según la pintoresca expresión de Martín Fierro. Se entristece de nuevo en aquel paraje, acordándose de su amigo Cruz, quien jamás volverá a ver a su niño.

Arrodillándose, besa aquel suelo bendito que "ya no pisa el salvaje". Pronto llegarán a poblado. Arriban al fin a una estancia.

Ahí mismo me despedí
de mi infeliz compañera:
—Me voy —le dije— "ande" quiera,
aunque me agarre el gobierno,
pues infierno por infierno,
prefiero el de la frontera.



EN EL DESIERTO

Después de tantas vicisitudes, que en total duraron diez años, Martín Fierro se encuentra con sus hijos, ya mozos, quienes le cuentan sus aventuras y a los que relata él las suyas. Es una gran alegría para todos volver a verse. Halla también a Picardía, el hijo de Cruz.

Martín Fierro les da sanísimos consejos, que son todo un programa de vida. Principia así:

Un padre que da consejos,
más que padre es un amigo;
así como tal les digo
que vivan con precaución:
nadie sabe en qué rincón
se oculta el que es su enemigo.

Luego dice cómo no tuvo otra escuela que su desgraciada vida. Pero "es mejor que aprender mucho, el aprender cosas buenas" Los exhorta a poner siempre su confianza en Dios, más que en los hombres.

Es menester que cultiven la verdadera amistad, que sean prudentes, trabajadores, pacíficos y honrados. "Si la vergüenza se pierde, jamás se vuelve a encontrar", declara. Muchas verdades trata de enseñarles y acaba diciendo:

Estas cosas y otras muchas
medité en mis soledades;
sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos:
es de la boca del viejo
de "ande" salen las verdades.



CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO A SUS HIJOS

INDICE

		Pág.
1	— Martín Fierro y su guitarra	5
2.	— La arriada	7
3	— Peleando contra el malón	9
4.	— La estaqueada de Martín Fierro	11
5.	— Huída de Martín Fierro	13
6.	— La vuelta al rancho	15
7	— La ley de las pampas	17
8.	— La partida	19
9	— La lucha	21
10.	— Amigos	23
11	— Hacia las tolderías	24
12.	— La llegada	26
13.	— Donde pasó el indio	28
14	— Vida con los indios	30
15.	— Muerte de Cruz	32
16.	— Sobre la tumba del amigo	34
17	— Martín Fierro defiende a una cautiva	36
18.	— El duelo	38
19.	— En el desierto	40
20.	— Consejos de Martín Fierro a sus hijos	42

Editorial Betina

Montiel 249 - Capital

Se terminó de imprimir en los talleres gráficos Allioni,
Del Barco Centenera 1450 en el mes de octubre de 1985.

EDITORIAL
BETINA





MARTIN FIERRO